

VASCOS EN POTOSÍ: MINAS Y MINEROS SEGÚN UNA FUENTE INÉDITA DE ARZANS Y VELA

CARMEN MARTÍN RUBIO

El presente trabajo está basado en dos documentos inéditos, referentes a las guerras civiles de Potosí, que en fechas próximas van a ser publicados en *Crónicas de América de Historia 16*.

El primero lleva por título: Extractos y noticias tomados de una historia de Potosí. Se trata de una copia del siglo XIX, comprendida en sesenta y cuatro cuartillas sueltas, formada por notas varias, resumidas y notablemente similares a la Historia de la Villa Imperial de Potosí, firmada con los nombres de Martínez Arzans y Vela y Bartolomé de Orsúa Arzans y Vela; publicadas, la primera por la Biblioteca del Sesqui-centenario de la República de Bolivia en 1975, y la segunda, por Lewis Hanke y Gunnar Mendoza en 1965. Algunas de estas notas corresponden a simples títulos de capítulos, sin desarrollar, otros en cambio, están empezados y no terminados. El conjunto de las cuartillas parece indicar que servían de base para la elaboración posterior de la primera parte de una crónica sobre las luchas habidas en Potosí durante sus primeros tiempos de vida. Cronológicamente comienzan en 1547 -dos años después de su fundación- y abarcan hasta 1615.

El segundo documento lleva el título de Crónica de los sucesos ocurridos en Potosí desde el año de 1611. Similarmente a los Extractos y noticias... es una copia del siglo XIX, de grafía y ortografía semejantes a las de aquéllos.

Si bien el título menciona la fecha de 1611, en realidad comienzan a narrarse los hechos acaecidos en la ciudad desde 1615. A diferencia del documento anterior, éste constituye una crónica estructurada de dichos acontecimientos, y al compararla con las Historias... de Martínez Arzans y Bartolomé de Orsúa, se vuelve a comprobar su enorme parecido, no sólo en la temática, sino también en el estilo de la redacción y en las fuentes empleadas, aunque este documento está mucho más resumido que aquéllas, en cuanto se refiere a los copiosos párrafos moralizadores, acompañantes de los hechos violentos relatados. Es como si el autor de la Crónica de los sucesos ocurridos en Potosí... hubiera en

tresacado de las anteriores, lo estricto y esencial para recoger sin ambages, la más profunda historia negra potosina.

Ninguno de los documentos hace referencia a su autor, mas como el texto me era familiar y también el estilo histórico-moralista, revisé las ya aludidas Historias de la Villa Imperial de Potosí de Martínez y Orsúa, y hallé que los presentes documentos eran copias exactas, aun que como se ha dicho, muy resumidas, especialmente la primera; sin embargo, ello no es óbice para conocer, a través de sus páginas, la situación de los vascos afincados durante el siglo XVI y principios del XVII, fechas en que se desencadenaron los disturbios, conocidos por guerras civiles, o luchas entre vascos y vicuñas.

POTOSÍ

Actualmente Potosí es una ciudad situada al suroeste de la república de Bolivia, capital del departamento del mismo nombre. Limita al norte con las provincias de Cochabamba y Oruro, al este con Sucre y Tarija, al sur con Argentina, y al oeste con Chile.

Característica básica de Potosí, es la de hallarse ubicada en la Cordillera Oriental, a cuatro mil sesenta metros de altura, hecho que la convierte en una ciudad muy elevada y fría. A pesar de ello, y de la negatividad de dichos factores, en los siglos XVI y XVII fue muy populosa, y sin duda todavía es de fama universal. ¿Quién no ha oído alguna vez el dicho "vale un Potosí"? La explicación se encuentra en el surgimiento de la urbe como consecuencia del descubrimiento de un enorme cerro macizo de plata, por ello llamado "Rico", a finales de la primera mitad del siglo XVI. A partir de entonces se desarrolló un importantísimo foco metalúrgico e industrial, tan poderoso como para haber constituido uno de los motores fundamentales en la transformación de las estructuras político-económicas de la moderna Europa. De ahí el ostentoso título que recibió de Imperial desde 1546, aunque contradictoriamente Potosí, al igual que Madrid y París, nunca obtuvo la categoría de ciudad, sino la de simple villa.

Se fundó en abril de 1545. Algunos cronistas, como López de Caravantes, indican que fue el día 19 (López de Caravantes, 1985). Según Arzans de Orsúa y Vela, en diciembre del año anterior, el indio yanacona Diego Huallpa, dependiente de los mineros de Porco, conduciendo comida a lomos de llamas, siguió a uno de estos auquénidos, que se había escapado por arriba de un monte, y al llegar a la cima descubrió vetas llenas de metal de plata.

Huallpa guardó en silencio y para sí el secreto, y comenzó a trabajar solo el mineral en Porco, hasta que observado por Chalco, otro yanacona, y no pudiendo ocultar su riqueza, hubo de compartirla con él.

Mas muy pronto surgieron desavenencias entre ambos, que llegaron a oídos de sus amos Villarroel y Centeno, quienes así se enteraron del descubrimiento. Éstos inmediatamente se trasladaron al cerro y registraron las vetas bajos sus propios nombres.

LAS MINAS

La primera veta aparecida fue llamada Rica, a continuación se descubrieron la de Centeno, la del Estaño y la de Mendieta. Las cuatro eran abundantísimas de plata. Dice el cronista Luis Capoché que de algunas de ellas se sacaban hebras del grosor de una pierna (Luis Capoché, 1959). Posteriormente se descubrieron otros yacimientos, como los de Oñate, Pedraza, Lobato, Licenciado Polo, Cristóbal López, Flamengos, Ciegos y muchos más. Todos daban gran cantidad de plata en sus comienzos, pero ya a partir de 1572, a la llegada del virrey Toledo, el metal se encontraba profundo. Era preciso trabajar fuertemente para extraerlo, y los dueños se quejaban de que costaba muchos jornales.

LOS MINEROS

En los primeros momentos, los trabajos de las minas en Perú fueron realizados por aborígenes, en calidad de criados de los propietarios, y por otros que se alquilaban a cambio de jornal para pagar sus tributos. Se les había dado permiso, a pesar de las ordenanzas promulgadas en Santo Domingo, Tierra firme y Nueva España prohibiendo el laboreo de los indios en las minas, porque en Perú no se hacían rescates de esclavos. Después una cédula lo vetó en 7 de agosto de 1541, excepto en el caso de que los indios quisieran trabajar voluntariamente para pagar sus tributos.

Con respecto a Potosí, fray Tomás de San Martín, obispo de Charcas, informó al emperador Carlos V de que los naturales de la provincia de Collao pagaban de tributo veinticinco mil castellanos en ovejas, ropa y comida, y que dicha tasa no la podían sustentar con facilidad. Por tal motivo pidieron permiso para sacar oro y plata en Potosí, y herramientas para seiscientos, comprometiéndose a entregar cada semana dos marcos de plata blanca, con la sola condición de volver a sus tierras los tres meses dedicados a las sementeras. El Obispo había comprobado que el trabajo en las minas no afectaba a su salud. Las muertes se producían en los llegados de lugares con diferente ecología.

EL VIRREY D. FRANCISCO DE TOLEDO EN POTOSÍ

La fama de las riquezas del cerro potosino se extendieron muy pronto por todas partes. La Corona española deseaba potenciar la producción, de ahí que D. Francisco de Toledo dispusiera que los pobladores de dieciséis provincias, de clima similar -trece mil quinientos al año trabajasen durante cuatro meses en el interior de las minas, divididos en turnos de cuatro mil quinientos: "... y mandó se fuesen mudando por semanas el tercio dellos para que anduviese el trabajo en todos, y holgando siempre las dos partes, la obligación de servir quedase en cuatro meses de un año, término que quiso que durase cada mita y que acabando comenzase otro turno" (Mendoza y Luna. Memoria de Virreyes). A otros distribuyó en los ingenios, tanto de agua como de caballos, donde se molía, cernía, y se incorporaba el metal con el azogue.

Pero Toledo, no sólo estructuró la planificación social y económica de Potosí. Igualmente se preocupó del urbanismo. A su llegada existía una población de 120.000 personas, cifra altísima para la época, similar a Sevilla, y apenas superada por Venecia. Se componía de españoles, extranjeros, indios y negros. De todos los grupos el elemento indígena era con mucho el más numeroso, debido a la necesidad de mano de obra minera.

Unos y otros habían hecho surgir a Potosí sin orden, edificando sus moradas de tal manera que no quedaban calles. El Virrey determinó remodelarla, dividiéndola en dos partes: la central constituyó el barrio de los españoles, y la periférica, mucho más amplia, el de los indígenas; y en esta última se establecieron las doctrinas de los mitayos, o trabajadores de las minas, procedentes de las provincias señaladas por Toledo.

LA SOCIEDAD POTOSINA

Por tanto, la ciudad tuvo dos características totalmente distintas: una precolombina y rural, otra derivada de la arquitectura medieval y renacentista hispana. La dualidad racial fue normal y aceptada por todos los habitantes, dado que los españoles, unos cuatro mil peninsulares durante la primera mitad del s. XVI, fueron en principio soldados de la conquista y después grandes señores, y no se acomodaron a realizar ocupaciones consideradas serviles. Junto a ellos se hallaban cuarenta mil criollos, así pues tanto el trabajo de las minas como los domésticos recayeron en el elemento indígena, si bien muy pronto la existencia de esclavos negros, unos seis mil incluyendo mulatos, dio paso a la aparición de otra tercera dimensión social urbana.

Con estos estamentos convivían muchos extranjeros: portugueses, holandeses, italianos, ingleses, alemanes, hasta un turco, y otras personas de paso a los que no importaba nada la ciudad; sólo querían enriquecerse rápidamente y marcharse, o vivir del juego y del trabajo, incluida la prostitución de indias y mulatas mancebas. Eran aventureros desarraigados, que únicamente se preocupaban de crear pependencias y demostrar su arrojo en el Empedrado o Lugar de los valientes, aún sin haber recibido agravios previos. En 1602 se calculaban cuatro mil personas desocupadas, de ellas había unos ochocientos jugadores, y ciento veinte prostitutas reconocidas, aparte de las indias (Descripción de la Villa y minas de Potosí, B.A.E., 1965). Las riñas eran constantes y agravadas por las rebeliones de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón, crearon un fuerte ambiente de violencia. Nadie podía poner orden en la ciudad, ni siquiera el corregidor que era la máxima autoridad. Con el paso del tiempo, en vez de calmarse, el ambiente fue cada vez más violento, pues entraron en juego otros factores: el lujo y el desenfreno, con los cuales el dinero se gastaba en cosas caprichosas e innecesarias.

LOS VASCOS

Obviamente, la riqueza estaba en manos del elemento español, que a su vez se hallaba integrado por castellanos, y más minoritariamente por extremeños, andaluces, manchegos y vascos. En general, los castellanos, salvo excepciones, continuaban sintiéndose conquistadores; de seaban alcanzar la nobleza y la hidalguía por las armas, sin darse cuenta de que aquella etapa había pasado ya, y de que entonces para adquirir una fortuna era necesario trabajar. Los demás grupos, exceptuando a los vascos, se aglutinaban en torno a ellos.

Por su parte, los vascos constituían un círculo muy unido y cerrado. Su llegada parece haberse producido en Potosí sobre el año 1550. Dan fe de ella los apellidos que se encuentran en esa época, como Guardiazábal, Igarzábal, Barrenechea, Arizmendi, Cilveti, Zuazo, Arrieta, Liseca, Arriague, Arana, Tellache, Lacunza, Saracho, Lizarazu, Eche garay, Fagalde, Bazoberri, Alcalá, Armendia, Aspiazu, Careaga, Eguía, Guereca, Bergara, Huarte, Zumelzu, Artieta, Jáuregui, Barrón, Araujo y Amézaga. Como consecuencia de este asentamiento, se transfirieron algunos nombres de lugares vascuences a la provincia de Potosí: Mon dragón y Portugaleta son buenos ejemplos. Asimismo existió desde dicha época un libro en la Casa de la Moneda de la Hermandad Vasca, amparada en la Virgen de Aránzazu (Abecia Baldivieso, 1988).

Fueron aquellos hombres muy laboriosos, de gran confianza en sí mismos, de profunda vocación industrial y técnica. Tales cualidades les llevaron a convertirse, apenas llegaron a la Villa, en ricos azogueros

-apelativo dado a los propietarios de minas e ingenios en Potosí- y en potentes comerciantes; hasta el punto de que a principios del siglo XVII existían sobre ochenta vascos en el gremio de los mineros. Ocho de los doce mercaderes en piñas de plata eran también vascos, y ciento setenta poseían una fortuna cercana al millón de pesos (Abecia Baldivieso, op. cit.).

El poder económico les llevó igualmente a acaparar gran parte de los cargos de la administración local, muchos comprados directamente a la Corona, hasta tal punto que también a comienzos del siglo XVII, de los doce corregidores vitalicios del Cabildo Secular, seis eran vascos. Por otro lado, al poseer las riquezas, las autoridades les favorecían abiertamente, en detrimento de otros grupos. Se creó así una desigualdad económica y social muy fuerte, agravada por el lujo superfluo, la explotación en muchos sectores de la población, especialmente en el indígena, y entre los mismos españoles sin oficio ni trabajo fijo. A su vez, los criollos también se hallaban desazonados. Muchos se creían herederos de los derechos de los viejos conquistadores, y por tanto integrantes de la nobleza, mas carecían de fortuna. Estos factores les llevaron a unirse al grupo de los castellanos, en contra de los vascos.

En tales circunstancias, éstos, con sus grandes riquezas y poder fueron considerados enemigos, a quienes había que arrasar los bienes; tal ocurrió en 1612 en la revuelta propiciada por el soldado Alonso Yáñez. Pero como auténtica paradoja, el descontento no se desató en los sectores desfavorecidos, sino entre las mismas clases dominantes, muy singularmente en el seno castellano, andaluz, extremeño y manchego.

Según Arzans y Vela muestra en los presentes documentos, el descontento social existió en Potosí desde su fundación. Además de las tensiones sufridas por las guerras de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón, en 1552 hubo sangrientas pendencias entre los soldados y caballeros, a las que siguieron numerosas venganzas y asesinatos. Lo mismo sucedió en celebraciones importantes, como las dedicadas a la Virgen de la Concepción y al Apóstol Santiago en 1555, o en las de la coronación de Felipe II. En todas por muy pequeños motivos, se producían grandes derramamientos de sangre en los bandos.

Sólo cesaron las luchas cuando faltó la plata en el Cerro, lo cual ocurrió en 1558; entonces la gente se dedicó a rezar para que Dios se la devolviese, pero una vez recuperada, se volvió a las cruentas batallas entre los vecinos. Es cierto que muchas veces se motivaron las injusticias y parcialidades de las autoridades, en favor de los vascos, como sucedió con el corregidor Carrión, y en 1551 con Juan Ortiz de Zárate. Hubo otras lúcidas, que consiguieron períodos de paz, tal fue Rafael Ortiz de Sotomayor en 1615, con quien se fabricaron las murallas de la

laguna de Chaviri, muy beneficiosa para los ingenios. A pesar de ello, el corregidor terminó huyendo de Potosí para poder salvar su vida.

Un dato curioso deriva de comprobar los muchos milagros que se sucedían en este enardecido y violento clima social, como el acaecido en 1618 por intercesión de la Virgen de la Candelaria. En ellos, siempre los protagonistas eran indios a quienes la Virgen o los patronos de la ciudad salvaban la vida.

Mas esta endémica violencia se puede considerar de pálido matiz, al compararla con los sangrientos sucesos ocurridos entre los años de 1622 y 1624, período de las guerras civiles entre vascos y viciñas. Por entonces el bando vasco contaba, según Arzans, con un gran caudillo: Egidio Oxonemun, y el de los castellanos con otro: Antonio Geldres.

Oxonemun había llegado a Potosí con un millón de pesos, invertidos en ropa de Castilla, en compañía de treinta y dos vizcaínos. Enseguida vendió la ropa y con lo obtenido de la venta, compró ingenios en la Ribera -la mejor zona de Potosí- y consiguió oficios rentables y honoríficos para sus acompañantes y amigos. De esta forma él y su grupo se apoderaron de todos los cargos importantes de la ciudad, como los de alcaldes ordinarios, veedores del Cerro Rico, oficiales de la Casa de la Moneda y de las Reales Cajas. En síntesis, monopolizaron el poder.

Así las cosas, cuando en 1619 llegó a la Villa el contador real, Alonso Martínez de Pastrana por orden del virrey D. Francisco de Borja, al ajustar cuentas se pusieron al descubierto las deudas de los mineros vascos: debían 2.465.886 pesos ensayados; el azogue era la base de la deuda con 880.318 pesos, de lo cual se quejaba al rey, pidiendo se lo dieran fiado. La actitud de Martínez de Pastrana en cuya casa se reunían los descontentos, alentó al otro bando que decidió aglutinar a todos los hombres de diferentes origen reunidos en él, con el nombre de "castellanos". Acordaron también llevar sombreros de lana de viciña y cintas nacres por divisa, para reconocerse, por lo que se les denominó "viciñas" de allí en adelante.

A partir de entonces se declaró una tremenda guerra abierta, que culminó el 9 de agosto de 1622 en una batalla en la plaza de Guayna, en la que, aunque no hay uniformidad en la cifra, debieron intervenir unos seiscientos contendientes entre ambas partes. La lucha terminó con la derrota de los vascongados, que habían sido ayudados por indios y esclavos. Si bien tampoco hay uniformidad en el número, murieron más de doscientos hombres de uno y otro bando, y otros tantos quedaron heridos.

Más no por ello terminaron las reyertas, por el contrario se reanudaron a los cuatro días de dicha batalla, muriendo continuamente mucha gente. Algunos de los cabecillas vascos, viendo que la ayuda de Martínez de Pastrana hacia los viciñas era incondicional, y no se podía

suavizar aquel terrible clima social, abandonaron Potosí. Pero el virrey Guadalcázar, tratando de poner orden, nombró por corregidor a Felipe Manrique, quien entró el 1 de mayo de 1623 en la Villa. De inmediato se alió con los vascos, dictando un auto de confiscación de bienes contra veintiún vicuñas. Por tales motivos, un grupo de embozados asaltó la casa del corregidor; echaron tizones encendidos a los techos de paja para provocar un incendio, mataron a un esclavo y, disparando por una ventana, hirieron a Manrique; sin embargo, éste no murió y cuando mejoró hizo grandes escarmientos entre los revoltosos, ahorcando a muchos.

Los vascos volvieron a Potosí y los vicuñas se refugiaron en el pueblo de Ulti, desde donde se preparaban para atacar una y otra vez a la ciudad. La Corona trataba de poner paz, mas se inclinaba al lado de los poderosos para garantizar los quintos reales, y además en aquella ocasión se habían enfrentado a la autoridad que representaba al rey. El hecho era muy grave. De ahí que muchos vicuñas fueran capturados, ahorcados, y otros expulsados.

Después, en octubre de 1624, el corregidor Felipe Manrique tomó la decisión de casarse y de marcharse de Potosí. Conjuntamente con él salieron los mineros y azogueros vascos de más poder. Quedó de corregidor el factor Bartolomé Astete que fue gobernador muy prudente. Castigó a muchos alborotadores, se promulgó un perdón real y se hicieron grandes fiestas, con todo lo cual se apaciguaron los ánimos y se puso fin a tan cruentas guerras civiles.

Arzans y Vela, el autor de los presentes documentos, no se explica el odio tan fuertemente desatado hacia los vascos. En el siglo XVIII, cuando él vivía, conoció a varios caballeros descendientes de aquéllos; eran personas dignísimas, piadosas y llenas de caridad para con los menos afortunados. Cita como ejemplo a Juan Urdinzo de Arbeláez, a Lorenzo de Narriondo, y a Pedro de Anemendura.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- ABECIA BALDIVIESO, Valentin; *Mitayos de Potosí. Una economía sumergida*, Barcelona, 1988.
- ARZANS DE ORSUA Y VELA; *Historia de la Villa Imperial de Potosí. Estudio preliminar de Lewis HANKE y Gunnar MENDOZA*, Providence (Rhode Island), 1965.
- DESCRIPCIÓN DE LA VILLA Y MINAS DE POTOSI, 1603. *Relaciones Geográficas de Indias*, B.A.E., 1965, 185. I.
- MARTÍNEZ ARZANS Y VELA; *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, Biblioteca del Sesquicentenario, Bolivia, 1975.
- MEMORIAL DE LA VILLA DE POTOSI AL VIRREY D. FRANCISCO DE TOLEDO, Manuscrito 3040, Biblioteca Nacional. Madrid.
- MENDOZA Y LUNA, D. Juan Manuel; *Relación del Virrey*. Manuscrito 3077. Biblioteca Nacional. Madrid.